

embargo, á mí se ha dirigido: acaso hará lo mismo con todas las jóvenes del pueblo.

—¿Y desde cuándo te ha paseado la calle y te ha hecho señas?—preguntó Irene con una sonrisa algo burlona.

—Desde el mismo día en que llegó.

—¡Sólo hace doce que está!

—Pues en los cuatro primeros agotó, para llamar mi atención, todo el arsenal de sus recursos.

—¿Y nada me habías dicho?

—¿Para qué? Esas cosas no se dicen: se ríe una de ellas y nada más.

—Á pesar de todo eso, iré al palacio—dijo Irene con una sorda y celosa irritación que habían despertado en ella las palabras de su prima.

—Haz lo que quieras—concluyó Avelina con tristeza:—no puedo impedirte que vayas, y lo siento.

Las dos primas se separaron poco contentas una de otra.

IX

Irene fué aquella misma tarde al palacio. Estaba bella con su vestido de luto, que hacía resaltar la nevada blancura de su tez y sus cabellos dorados, abundantes y sedosos.

Á través de su mantilla de gasa negra se veía su gallardo talle y su blanca garganta.

Sus ojos azules brillaban con la emoción y la alegría; sus mejillas se hallaban también animadas con un leve color de rosa.

Cuando entró en el salón, no había nadie en él; pero apenas se había sentado, cuando oyó abrir una puertecita situada á su derecha, y vió aparecer en ella la bella figura de Carlos.

Éste se adelantó hasta la joven, tomó su mano, y exclamó lleno de júbilo:

—¡Irene!

—¡Ay, Dios mío! ¡Calle usted!—dijo la joven, que se había puesto pálida súbitamente.—Si le oyeran, ¿qué dirían de mí?

—¿Quién ha de oirme?—repuso el joven;—y aunque así fuera, ¿no soy yo el amo de mi casa? Sosiéguese usted, querida Irene; siéntese y hablemos como buenos amigos.

La joven se sentó trémula y turbada.

Carlos se sentó á su lado sin dejar su mano; la miró con ojos llenos de cariño y le dijo con ternura:

—Irene, ¡cuánto he pensado en usted! ¡Cuánto deseaba verla! ¡Qué dichoso me considero junto á usted! ¡Ah! ¿Qué puede compararse á la felicidad que experimento? ¿Sabe usted por qué no me he ido ya á Madrid? Pues ha sido únicamente porque ansiaba verla, hablarla, decirla que la amo desde la primera vez que la vi...

Irene, sofocada, atónita, pero latiéndole el corazón de orgullo y de alegría, pugnaba débilmente por retirar su mano, cuando se oyó el roce de un vestido de seda en la antecámara.

Carlos soltó entonces la mano de la joven y se puso en pie.

La puerta se abrió y apareció la majestuosa y elegante figura de la señora viuda de Montereal, que cobijó la situación con una mirada risueña y maligna.

Irene saludó con bastante torpeza á la madre de Carlos; pero ésta estrechó la mano de la joven y le dijo con amabilidad:

—Doy á usted mil gracias, señorita, por haber venido. Tenga usted la bondad de seguirme al cuarto de la señorita Clemencia, mi pupila, y ella dirá á usted lo que espera de su habilidad.

La anciana é Irene salieron sin que ésta se atreviese á mirar á Carlos, que volvió la espalda

y desapareció por la misma puertecilla que le había dado paso.

Irene atravesó dos ó tres antesalas y se halló á la puerta del vestíbulo con su guía. Sus ojos estaban deslumbrados: en su primera entrada no había reparado en las magnificencias de aquella casa; pero entonces le pareció hallarse en un palacio encantado.

Bajaron la escalera principal, y después de cruzar el parque, subieron la que conducía al pabellón de la izquierda, que era donde habitaba Clemencia.

Todo tenía allí el sello y la ostentación de la riqueza: una magnífica alfombra de hule, brillante como el cristal, cubría el pavimento; lámparas, jarrones con plantas de largas hojas verdes en su centro, tapices, candelabros, cortinajes de telas y dibujos desconocidos para Irene, todo esto se veía reunido con una profusión que desvanecía la cabeza y ofuscaba la vista.

Irene iba como mareada. Atravesó una linda antecámara y un saloncito al lado de la señora de Montereal, y precedidas ambas de una camarera que las iba guiando.

Aquella camarera francesa era mucho más elegante y distinguida que la pobre Irene, que deslumbrada, embriagada, contemplaba aquella serie de maravillas sin saber darse cuenta de dónde se hallaba.

Levantó la doncella de servicio una cortina de

damasco azul celeste, y apareció una puertecita esculpida al lado de la chimenea del salón; llamó, y una voz delgada respondió desde adentro:

—¡Adelante!

La camarera abrió y se adelantó sola algunos pasos.

Á través del aturdimiento que entorpecía la vista de Irene, adivinó, más bien que divisó, un gabinete, que se hubiera creído que era la mansión del hada de la riqueza.

Estaba vestido de seda blanca y rosa á listas; la sillería era de marfil con asientos de color de rosa; una mesa de tocador, rodeada de cortinajes blancos y rosa, de gasa, y semejantes á esos celajes con que el cielo se engalana al caer la tarde, sostenía un sorberbio espejo con marco de plata cincelada; mesitas con tableros de mármol blanco sostenían también candelabros cargados de bujías rosadas, cajitas de marfil y de sándalo, y frascos de plata y oro; en un estuche abierto rielaba una sarta de brillantes; más allá se enredaba en un abanico de nácar un collar de perlas; flores, gasas, cintas, lindos sombreros, ricos vestidos, todo se hallaba allí en pintoresca y loca confusión.

Clemencia, envuelta en un peinador guarnecido de encajes, estaba recostada en un blando mueble, forrado de damasco rosa y que era una especie de lecho oriental, en pequeño, para leer, meditar, ó reposar durante el calor de la siesta; la joven le

usaba sólo para dormir, pues no sabía meditar ni gustaba mucho de leer.

Aquel mueble era magnífico; guarnecido de flecos y de cordones gruesos de seda, estaba adornado de grandes borlones en todos sus ángulos, y la cabecera, que tenía un blando cojín por almohada, se hallaba cubierta y velada por un paño de rico encaje.

Sobre aquel lecho de descanso se destacaba la encantadora figura de Clemencia, envuelta en su blanco peinador y sumergida en una dulce languidez, ó más bien, en una ligera soñolencia; sus cabellos, que aún no se habían dispuesto en la *toilette* de aquel día, estaban recogidos en largas y abultadas trenzas, que caían por encima del respaldo del lecho.

Clemencia estaba descolorida, y su mirada como empañada por el fastidio y el tedio. Cuando su doncella abrió la puerta, volvió la cabeza, esperando que le dijese lo que quería.

—Señorita—dijo aquella,—aquí hay una joven que viene con la señora: ambas desean ver á usted.

—Que pasen—dijo Clemencia incorporándose y haciendo bajar sobre sus pies diminutos su bata de batista.

La viuda é Irene entraron un instante después.

—Hija mía, ¿estás mala?—exclamó la señora de Montreal adelantándose hacia Clemencia toda asustada.

—No, señora, á Dios gracias—respondió la joven con la frialdad que le era habitual.—¿Qué se le ofrece á esta señorita?

—¿Pero cómo estás sin peinar á estas horas, querida Clemencia?

—No tuve gana de hacer aún mi tocador, ni lo haré ya probablemente.

—Esta joven—dijo la señora—viene á casa á coser, porque sabiendo yo que tú querías que te hiciesen chambras y enaguas sencillas, mandé que buscasen quien se encargase de esa labor.

Clemencia no respondió: dirigió su vista hacia Irene y la contempló con una mirada penetrante y escudriñadora.

—¡Qué ridículo peinado!—se dijo;—¡qué cara tan tonta y tan vulgar! Que venga y me divertirá, porque me consumo de fastidio.

—¿Qué resuelves?—preguntó la señora de Montereal al ver á su pupila tan ensimismada.—¿Puede venir esta joven?...

—Sí, que venga—contestó Clemencia.

Y volviéndose á Irene, añadió:

—Pero quiero que cosa usted aquí.

—Se supone—observó doña Gertrudis:—aquí vendrá ella y una prima suya.

—Señora—dijo Irene,—yo vendré, pero mi prima no quiere salir de su casa: dice que hará en ella los trabajos que quieran ustedes confiarle.

—Pero á lo menos, ¿no vendrá á encargarse de

ellos y á recibir explicaciones?—preguntó la señora de Montereal.

—Creo que no querrá venir hasta que pueda hacerlo acompañada de su hermano, que va á llegar de la ciudad.

—¡Válgame Dios!—exclamó doña Gertrudis:—¡qué escrupulosa es esa señorita! ¿Ó acaso teme que aquí le van á hacer alguna ofensa? Pues, para pobre, no son buenas esas cosas.

El rubor subió á la frente de Clemencia al oír el lenguaje de su tutora: encontraba más noble la prevención de Avelina que el apresuramiento de Irene; y ya fuera porque su amor propio se alarmase con la presencia de una joven bonita en su casa, ó ya porque la conducta de la ausente le agradase por su reserva, dijo á Irene:

—Yo iré á encargar á su prima de usted algunos bordados; en cuanto á usted, puede venir cuando la señora lo disponga, y le buscaré también alguna labor.

—Desde mañana—dijo doña Gertrudis, que pensaba divertirse mucho con el galanteo de su hijo á aquella palurda.—Pero, hija mía, ¿vas á ir tú misma á encargar labores á esa joven?

—Con eso me distraeré un poco; mi doncella me acompañará. De todos modos, apenas salgo de casa, y aquí me aburro bastante.

—Hasta mañana, pues, señorita—dijo la anciana, dando á entender así á Irene que la entrevista se había terminado;—hasta mañana á las

doce. No venga usted más temprano, porque Clemencia se levanta tarde. Comerá usted con las doncellas de casa.

Irene saludó y salió del pabellón acompañada de la camarera, que esperaba en la antesala.

En el parque halló á Carlos, que se adelantó hacia ella.

—¿Va usted á venir mañana?—le preguntó.

—Sí, señor—respondió Irene poniéndose muy colorada.

—¡Ahl; ¡soy feliz!—exclamó el joven haciendo esfuerzos para no reirse.—Adiós, hasta mañana.

—Hasta mañana—repitió Irene.

—Si no temiera ofender á alguna persona—dijo Carlos,—acompañaría á usted hasta su casa.

—¿Y quién puede ofenderse por eso?

—Tal vez algún mortal afortunado.

—No tengo novio, caballero.

—Entonces prolongaré mi dicha—dijo el joven.—Vamos, y apóyese usted en mi brazo.

Irene, ciega, deslumbrada, ebria de orgullo, se apoyó en el brazo de Carlos.

Ambos echaron á andar. Algunos labradores que volvían de los campos, por ser ya la caída de la tarde, se detuvieron para mirar á Irene asida del brazo del señor del palacio, que le hablaba en voz baja.

La sorpresa les dejó al principio inmóviles;

luego se echaron á reir, y se alejaron guiñándose los ojos y haciéndose señas maliciosas.

La reputación de la joven quedaba para siempre comprometida en el pueblo donde había nacido y donde habían muerto sus padres.

X

Al llegar á la puerta de su casa, Irene trató de despedirse de Carlos; pero en los planes de éste no entraba semejante cosa, y le dijo:

—Querida Irene, acompañaré á usted hasta entregarla á su prima.

—No, no—balbuceó aquélla algo confusa:—Avelina me regañará por haber consentido que usted me acompañara.

—¿Y tiene usted miedo á sus regaños? ¡No es poco severa su prima!...

—¡Vaya si lo es! Y además, caballero... Irene se detuvo como cortada.

—¿Qué? Acabe usted.

—Pues bien; ella ha observado que usted me miraba cuando pasaba por debajo del balcón y que me hacía señas; me ha reconvenido porque salía á ver á usted y porque me decidí á ir á su casa, y me ha dicho que no hiciera caso de usted, porque usted también la había mirado á ella y le había enseñado una carta.

Carlos se mordió los labios; pero tenía demasiada experiencia para turbarse por tan poca cosa, y repuso en seguida con tono ligero:

—Eso, querida Irene, podrá ser efecto de la

envidia. Desde luego aseguro á usted que jamás he pensado en su prima, y que ni aun sé cómo tiene la cara.

—Bien poco vale, caballero.

Una sonrisa burlona pasó por los labios de Carlos, que dijo:

—Para mí lo mismo sería que valiese mucho, porque todas las mujeres, menos usted, me son completamente indiferentes. Subamos, y así quizá se desengañará de sus necias ilusiones.

Ambos jóvenes subieron la escalera y entraron en la sala donde acostumbraba á estar doña Severa, y en la que se hallaba entonces Avelina pero ésta no estaba sola: á su lado se hallaba el padre Matías, quien, al parecer, la consolaba afectuosamente porque ella lloraba.

Á la vista de Carlos y de Irene, el religioso se levantó sorprendido.

Carlos le saludó amistosamente y se inclinó delante de Avelina, que correspondió á su atención con dignidad, después de haberse enjugado los ojos.

—Señorita—dijo Montereal,—le traigo á usted á su prima, á la que he tenido el gusto de acompañar.

—Caballero—repuso Avelina huyendo la ardiente mirada del joven,—mi prima podrá agradecer mucho la galantería de usted: yo le confieso que siento, por ella y por mí, que se la haya dispensado.

—¿Y por qué, señorita?

—Usted, que tiene más mundo que yo, no debe ignorarlo: en los pueblos todo se comenta, y no hará ningún favor á la reputación de Irene el que la hayan visto venir sola con usted.

—¿Y quién puede pensar mal, señorita, de una galantería tan natural y tan puesta en el orden?

—¡Pues qué!—preguntó cándidamente el padre Matías:—¿en las grandes ciudades van solos los jóvenes de ambos sexos? Aquí no, mi querido amigo, y Avelina tiene razón: eso está muy mal visto.

—¿Y quién hace caso de las opiniones de esta gente?

—Señor—repuso Avelina,—aquí es donde hemos de vivir mi prima y yo, y con estas costumbres hemos de conformarnos. Por fortuna, esta noche llega mi hermano y él dispondrá lo que le parezca conveniente.

—De todos modos, te advierto—dijo Irene—que desde mañana voy á coser á casa de este caballero: en eso he quedado con la señora y la señorita.

—Señor don Carlos—observó el padre Matías,—ha de saber usted que esta niña ha quedado, á la muerte de su tía, con una fortuna que le permite vivir muy desahogadamente, sin que necesite trabajar. Si va, pues, á coser, va por su gusto, no porque...

—Eso es cuenta suya y de mi madre. Si esas

señoritas se hallan bien en cuanto á medios de subsistencia, yo lo celebro infinito; si no, no por eso dejaré de ser su buen amigo y su rendido servidor.

Carlos, al decir estas palabras, se levantó para retirarse: despidióse de las dos jóvenes y salió pensativo y cabizbajo.

—Hija, cástate cuanto antes con el Mayorazgo —dijo á Irene el padre Matías:— es un buen muchacho que te quiere, y tú necesitas el apoyo de un esposo.

—Padre Matías—repuso Irene,—lo que es por ahora no pienso casarme. Jamás quise al Mayorazgo, y hoy, que soy más independiente que antes, la tal boda me halaga mucho menos. Si no quise llevarla á cabo cuando me hallaba bajo la dura y áspera dominación de mi tía, ¿cómo quiere usted que, libre de ella, piense en semejante cosa?

—¡Ahl!—exclamó Avelina,—¡eres ingrata, y nada bueno puede esperarse de tí! ¡Calificas de dura y áspera la dominación de nuestra buena tía, de nuestra madre! ¡Qué injusticia!

—¡Callad!—dijo el padre Matías:—oigo el ruido de un caballo que viene al trote...; sí...; y se ha detenido á la puerta... Ese es Esteban que habrá adelantado su viaje.

Todos corrieron al balcón y vieron, en efecto, apearse del caballo al hermano de Avelina.

Ésta corrió á sus brazos.

—¡Ahl; ¡bendito sea Dios!—exclamó llorando.

—¡Ya estás aquí! ¡Ya tengo la mejor compañía y la que más anhelaba mi corazón!

—¡Pobre tía!—murmuró Esteban con voz alterada.—¡Dios me perdone lo mucho que la he hecho sufrir, y lo ingrato que he sido á sus beneficios! Ahora, hermana mía, seré otro... Trabaja-
ré para ti, y ya que le di mal pago en la tierra, procuraré que esté contenta de mí en el cielo.

XI

Á la mañana siguiente, Esteban fué á ver al notario, que le concedió en su despacho la plaza que para él le había dejado encargada la buena doña Severa.

—Desde hoy, sé aplicado y hombre de bien, hijo mío—le dijo,—y gana el tiempo perdido: aún eres joven y te será muy fácil conseguirlo; no te faltará mi ayuda, porque debí muchos beneficios á aquella santa mujer que Dios tendrá en su gloria y que fué tan ejemplar como mal comprendida acá abajo. Mira por tu pobre hermana, que, como decía tu tía, es un ángel sobre la tierra. En cuanto á Irene...

El anciano se detuvo como cortado.

—¡Hable usted!—dijo Esteban:—¿qué hay de Irene?

—Hace dos días te hubiera aconsejado que te casaras con ella: hoy ya es otra cosa.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Ayer fué sola al palacio y volvió acompañada del dueño de él: todo el pueblo la vió. Hoy, según me han dicho, ha ido al palacio también.

El rubor vistió de una nube de fuego el semblante del joven, que respondió con voz alterada:

—Nunca he amado á mi prima hasta el punto de desear casarme con ella; sin embargo, me lastima profundamente su imprudencia y cuidaré de que no se repita; mientras viva á mi lado, quiera ó no, habrá de ser honrada.

—Aquí será ya muy difícil que se case: sabes lo que es este pueblo y los chismes que andan en él; en las grandes poblaciones son menos vistas las imprudencias.

Esteban salió de casa del notario y llegó á la suya cabizbajo y triste, quejándose á su hermana del modo de obrar de Irene.

—¿Qué podía yo hacer?—dijo Avelina.—Nuestra prima tiene el carácter independiente y voluntarioso. ¡Oh, hermano mío! ¿Será el amor lo que te hace ver con tanta pena las ligerezas de Irene? ¡Quiera Dios que esto no sea cierto, pues ella no es digna de tí!

La joven fué interrumpida por el ruido de un coche que se detuvo á la puerta; y un instante después apareció la tía Homobona, gritando muy sofocada:

—¡Ahí está la señorita del palacio! ¡Qué lujo! ¡Trae un vestido de seda que deslumbra!

—Que pase á la sala—dijo Avelina sin alterarse;—y tú, hermano mío, ven conmigo á recibirla.

Avelina entró un instante en su cuarto y alisó las hermosas bandas de sus cabellos negros; ajustó algún tanto el lazo de las cintas de su delanta-

lillo de seda, y se dirigió á la sala, seguida de su hermano.

Clemencia se había sentado y contemplaba con asombro la humilde sencillez de la estancia en que se hallaba, y en la cual respiraba un fresco y plácido ambiente.

Ninguna idea tenía de la modestia y casi pobreza que tenía ante la vista; por la primera vez de su vida veía sillas de enea, mesas de caoba, pero negras en fuerza del uso, y cuadros con marcos de madera oscura.

El pavimento, sin hule y sin alfombras, estaba lavado y encarnado de limpieza, gracias al fregado que dos veces por semana hacía la tía Homobona desde tiempo inmemorial.

Á cada lado del balcón había una mesita, y en ambas se veía en un jarrito de loza verde un ramo de rosas y claveles que esparcían por la habitación un fresco y delicioso aroma.

Cortinas de muselina muy antigua, pero blanquísima, caían delante del balcón, y como para que entrase el templado ambiente de la tarde se hallaba entreabierto, veíanse en la parte de afuera macetas llenas de flores y yerbas olorosas.

El sofá donde se había sentado Clemencia, aunque de enea, tenía un cómodo y mullido almohadón de damasco carmesí; á sus lados no había sillones, sino dos banquetitas para los pies.

Por último, sobre el sofá, y presidiendo aquella humilde habitación, se elevaba una hermosa ima-

gen de la Purísima Concepción de María Inmaculada, vestida de azul y blanco, que parecía iluminar con su sonrisa aquel pobre recinto.

—¡Dios mío, que bien se está aquí!—se dijo Clemencia.—¡Qué libremente se respira! ¡Qué atmósfera tan pura! ¿Cómo es que aquí estoy tan á mi gusto y en mi cuarto me ahogo? ¿Y por qué dirán que la opulencia y el fausto son la suprema felicidad?

Así meditaba la joven, cuando, abriéndose la puerta, dió paso á Avelina, que entró seguida de su hermano.

Clemencia no sabía saludar más que con exageradas cortesías francesas. Avelina correspondió á las que le hizo con modestia y serenidad; su hermano fijó la vista en la bella heredera y quedó deslumbrado: la hermosura de Clemencia se hallaba entonces despojada del velo de frialdad y de cansancio que la cubría, y brillaba en ella una animación desconocida.

—Señorita—dijo,—tengo algunos bordados que dar á hacer, y su prima de usted me ha dicho que usted se encargaría de ellos; pero aquí..., en su casa.

—Con mucho gusto—respondió Avelina.—Señorita, yo soy pobre: necesito trabajar, lo mismo que mi hermano, y doy á usted mil gracias por la confianza que quiere dispensarme.

—Mi hermana y yo, señorita—añadió Esteban,—sentimos profundamente que nuestra pri-

ma Irene se empeñe en salir á trabajar fuera de nuestra casa, que es la suya también. Crea usted que no es su familia la que le aconseja este paso, sino exclusivamente su voluntad, que mi hermana, por más que ha hecho, no ha podido torcer.

—Ahora que veo á ustedes, ahora que les hablo, lo creo—dijo Clemencia contemplando con tierno interés á los dos hermanos: observo que hay mucha diferencia entre las dos primas.

—¡Á las dos nos ha educado con igual cuidado y amor nuestra excelente tía!—observó Avelina, de cuyos hermosos ojos brotó una lágrima.—Irene es buena; pero su poca reflexión la ha expuesto á la crítica de todo el pueblo, por venir acompañada de su señor hermano de usted ayer tarde.

—¡De mi hermano!—repitió admirada Clemencia.—Yo no tengo hermano alguno.

—¿No lo es de usted ese caballero que vive en el palacio?

—No, señorita; es el hijo de mi tutora. ¡Ah! ¿Y ha vuelto esa joven acompañada de Carlos? Es cosa un poco extraña, pero me alegro de saberla...; sí, me alegro mucho.

Las mejillas de Clemencia se hallaban cubiertas, al hablar así, de un vivo encarnado, que procedía parte de rubor y parte de indignación.

Avelina comprendió que había levantado una borrasca en el alma de la joven, y se apresuró á decir:

—Perdón, señorita... Acaso he cometido una

imprudencia: sírvame de excusa lo afectada que me tiene la impremeditación de mi prima.

—Amiga mía—dijo Clemencia estrechando, con una gracia tierna y digna á la vez, la mano de Avelina:—quiero que usted me conceda su afecto y confianza... Necesito mucho de una amiga... ¿Quiere usted serlo mía?

—¡Tanto honor me confunde, señorita!—repuso Avelina, asombrada de aquella repentina muestra de cariño.—Pero crea usted que me hallo muy dispuesta á amarla.

—¡Repito que lo necesito mucho!—dijo con un suspiro la opulenta joven.—Mi pobre padre me decía que siendo, como soy, muy rica, tenía cuanto necesitaba para ser dichosa; lo mismo me ha repetido siempre mi tutora. Pero, ¡ay!, desde hace algunos días sé que no bastan las riquezas para asegurar la felicidad.

Esteban y Avelina callaban y miraban absortos aquella fisonomía, tan helada antes, y que se iba vistiendo con la espléndida luz del sentimiento y de la ternura. En medio de su pena, había una dulzura singular y un mundo de sensibilidad.

Clemencia prosiguió:

—Ese joven caballero es, como he dicho, hijo de mi tutora y debe casarse conmigo. ¡Ya ve usted de qué manera me guarda fidelidad! Si tanto valgo, ¿cómo se me estima en tan poco?

El ruido de dos voces de mujer que altercaban en la escalera siguió á estas palabras: el uno de

aquellos dos ecos era áspero y regañón, el otro plañidero y suplicante.

Esteban salió con el objeto de enterarse de lo que sucedía, y las dos jóvenes guardaron silencio, por lo cual oyó Clemencia, quizá involuntariamente, lo que afuera se decía.

—¡Señorito—exclamó la voz que rogaba,—esta tía Homobona tiene las entrañas más duras que una roca! Quería ver á la señorita Avelina para que me diese una limosna, pues mi Pedro está peor.

—Lo que tú eres es una buena maula—gruñó la vieja sirviente:—á la pobre señora le sacabas los ojos, y ahora quieres hacer lo mismo con los señoritos.

—Mi hermana está ocupada, Petronila—dijo Esteban;—pero dígame usted lo que podemos hacer por usted y por sus hijos.

—¡Ah, señorito! Ya sé que ustedes no están muy sobrados. Los que debían darme son los señores del palacio; porque, al fin, trabajando en su edificación, fué como cayó y murió mi pobre marido. ¡Pero sí!... Ayer pasó por mi lado la señora vieja, le pedí una limosna, y exclamó volviendo la cara al otro lado, como si yo le diera asco:

—¡Qué fastidio! ¡Déjeme usted pasar!... Vamos á ver, señorito, ¿no es eso una picardía?

—Petronila—respondió el joven,—tal vez la señora iría de prisa; además, no sabrá que es us-

ted la viuda del infeliz albañil que se cayó del andamio trabajando en su casa; á saberlo, le hubiera dado algún socorro. Pero vamos á ver: mi hermana y yo queremos hacer por usted lo que podamos; desde mañana, véngase usted á almorzar y á comer con uno de los chicos.

—¡Dos bocas más!—exclamó Petronila.—¡Ah, señorito!; eso es demasiada carga para ustedes.

—No importa: yo trabajaré un poco más en casa del notario; para la caridad, Dios da siempre. Ya irá Avelina más tarde á ver cómo está el niño, y le llevará algún socorrillo; yo no llevo en este instante un cuarto encima; pero así que se marche una visita que ahora la ocupa, irá mi hermana á ver á usted.

—¡Dios le dé tanta dicha como merece, señorito!—exclamó la viuda del albañil con voz que embargaban lágrimas de gratitud.—¡Dios le haga rico y feliz! ¡Se lo pido con toda mi alma!

Oyóse el ruido de un beso estampado en una mano, y poco después entró Esteban de nuevo en la salita, donde su hermana y Clemencia habían estado inmóviles y mudas oyendo su coloquio con la mendiga.

Al entrar el joven, la rica heredera le dirigió una larga mirada tan dulce y tan profunda, que el corazón de Esteban latió con más apresuramiento que de ordinario.

—Mi querida amiga—dijo después Clemencia, tomando la mano de Avelina:—¿me permite us-

ted acompañarla á casa de la viuda del albañil?

—¡Dios mío!; ¡si vive en una miserable choza, señorita!—repuso Avelina.

—¿Y qué importa? ¡Estoy tan hastiada de habitar palacios!—exclamó la joven con una triste sonrisa.—¡Ay, amiga mía!; ¡he sido hasta ahora tan poco dichosa en ellos, me he aburrido tanto! ¿Por qué no he de probar si hallo la dicha en otra atmósfera? ¿Y cuál puede ser más pura que la de la caridad? Quiero reparar la helada indiferencia, la falta de caridad de mi tutora y de su hijo...; quiero socorrer á esa pobre mujer... ¿No soy muy rica? ¡Cómprame el dinero, una vez á lo menos, el placer de hacer bien!

—Vamos—dijo Avelina:—ya es tarde, y si usted quiere acompañarme, podemos salir ahora mismo. ¡Dios premiará su buena acción!

Avelina echó su mantilla sobre sus hermosos cabellos, y dando el brazo Esteban á la opulenta prometida de Montereal, bajaron la escalera y los tres entraron en el coche de Clemencia, dirigiéndose á la arruinada casita de la viuda del albañil, á la que llegaron antes que la misma Petronila.

Esperaron, sin bajar del coche, á que ella llegase, y, mientras esperaban, más de una vez se encontraron los ojos de Clemencia y de Esteban y palpitaron sus corazones de un modo acelerado y que tenía sus semblantes con el rubor de una extraña, pero profunda y tierna emoción.